DISCURSOS.

CUARTA SECCION,

DISCURSOS.

1.

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Rector de la Universidad, D. Andres Bello, en la instalacion de este cuerpo el dia 17 de setiembre de 1843.

INSTALACION DE LA UNIVERSIDAD.

El Presidente de la República acompañado de los Señores Ministros del Despacho, de diputaciones de las dos Cámaras Lejislativas, de los Tribunales i Corporaciones, de un gran número de funcionarios civiles i militares, i de los alumnos del Instituto Nacional, se dirijió a las 12 del dia 17 de setiembre a uno de los salones del edificio de la antigua Universidad. El Sr. Ministro Vice-Patrono presentó a S. E. el Cuerpo Universitario, leyó los nombres de los miembros qe lo componen, i recitó la fórmula del juramento, qe prestaron todos simultáneamente i de pié, levantando el brazo derecho. El Rector i Decanos recibieron en seguida de mano de S. E. las insignias de los respectivos encargos. Se declaró instalada la Universidad de Chile, i el mismo Sr. Ministro pronunció un breve discurso alusivo al acto, i a los fines con qe se a restablecido sobre nuevas bases este Cuerpo. A este discurso siguió el del Rector, concebido en estos términos:

Exmo. Sr. Patrono de la Universidad.

SEÑORES:

El Consejo de la Universidad me a encargado expresar a nombre del Cuerpo nuestro profundo reconocimiento por las distinciones i la confianza con qe el Supremo Gobierno se ha dignado onrrarnos. Debo tambien acerme el intérprete del reconocimiento de la Universidad por la expresion de benevolencia en qe el Señor Ministro de Instruccion Pública se a servido aludir a sus miembros. En cuanto a mí, sé demasiado qe esas distinciones i esa confianza las debo mucho ménos a mis aptitudes i fuerzas, qe a mi antiguo zelo (esta es la sola cualidad qe puedo atribuirme sin presuncion), a mi antiguo zelo por la difusion de las luces i de los sanos principios, i a la dedicacion laboriosa con qe e seguido algunos ramos de estudio, no interrumpidos en ninguna época de mi vida, no dejados de la mano en medio de graves tareas. Siento el peso de esta confianza; conozco la extension de las obligaciones qe impone; comprendo la magnitud de los esfuerzos qe exije. Responsabilidad es esta, qe abrumaria, si recayese sobre un solo individuo, una intelijencia de otro órden, i mucho mejor preparada qe a podido estarlo la mia. Pero me alienta la cooperacion de mis distinguidos colegas en el Consejo i el Cuerpo todo de la Universidad. La lei (afortunadamente para mí) a qerido qe la direccion de los estudios fuese la obra comun del Cuerpo. Con la asistencia del Consejo, con la actividad ilustrada i patriótica de las diferentes Facultades; bajo los auspicios del Gobierno, bajo la influencia de la libertad, espíritu vital de las instituciones chilenas, me es lícito esperar qe el caudal precioso de ciencia i talento, de qe ya está en posesion la Universidad, se aumentará, se difundirá velozmente en beneficio de la Relijion, de la moral, de la libertad misma, i de los intereses materiales.

La Universidad, Señores, no seria digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias

i de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (qe yo no separo de la Relijion) es la vida misma de la sociedad: la libertad es el estímulo qe da un vigor sano i una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo qe enturbie la pureza de la moral, lo qe trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales i colectivas de la umanidad—i digo mas—lo qe las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organizacion del Estado. Pero en este siglo, en Chile, en esta reunion, qe yo miro como un omenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunion, qe por una coincidencia significativa es la primera de las pompas qe saludan al dia glorioso de la Patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias i las letras contra los paralojismos del elocuente filósofo de Jinebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, qe con los ojos fijos en los escollos qe an echo zozobrar al navegante presuntuoso, no qerrian qe la razon desplegase jamas las velas, i de buena gana la condenarian a una inercia eterna, mas perniciosa qe el abuso de las luces a las causas mismas por qe abogan. No para refutar lo qe a sido mil veces refutado, sino para manifestar la correspondencia qe existe entre los sentimientos qe acaba de expresar el Señor Ministro de Instruccion Pública i los qe animan a la Universidad, se me permitirá qe añada a las de Su Señoría algunas ideas jenerales sobre la influencia moral i política de las ciencias i de las letras, sobre el ministerio de los cuerpos literarios, i sobre los trabajos especiales a qe me parecen destinadas nuestras Facultades universitarias en el estado presente de la Nacion Chilena.

Lo sabeis, señores: todas las verdades se tocan: desde las qe formulan el rumbo de los mundos en el piélago del espacio; desde las qe determinan las ajencias maravillosas de qe dependen el movimiento i la vida en el universo de la materia; desde las qe resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica qe pisamos; desde las qe revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, asta las qe expresan las acciones i reacciones de las fuerzas políticas; asta las qe sientan las bases inconmovibles de la moral; asta las qe determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los jérmenes industriales; asta las qe dirijen i fecundan las artes. Los adelantamientos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. I cuando digo *los adelantamientos en todas líneas* comprendo sin duda los mas importantes a la dicha del jénero umano, los adelantamientos en el órden moral i político. ¿A qé se debe este progreso de civilizacion, esta ansia de mejoras

sociales, esta sed de libertad? Si qeremos saberlo, comparemos a la Europa i a nuestra afortunada América, con los sombríos imperios del Asia, en qe el despotísmo ace pesar su cetro de ierro sobre cuellos encorvados de antemano por la ignorancia, o con las ordas africanas, en qe el ombre, apénas superior a los brutos, es como ellos un artículo de tráfico para sus propios ermanos. ¿Qién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fué la erencia intelectual de Grecia i Roma, reclamada, despues de una larga época de oscuridad, por el espíritu umano? Allí, allí tuvo principio este vasto movimiento político, qe a restituido sus títulos de injenuidad a tantas razas esclavas; este movimiento, qe se propaga en todos sentidos, acelerado continuamente por la prensa i por las letras; cuyas undulaciones, aqí rápidas, allá lentas, en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongan, i cubrirán la superficie del globo. Todas las verdades se tocan; i yo extiendo esta asercion al dogma relijioso, a la verdad teolójica. Calumnian, no sé si diga a la Relijion o a las letras, los qe imajinan qe pueda aber una antipatía secreta entre aqella i éstas. Yo creo, por el contrario, qe existe, qe no puede ménos de existir, una alianza estrecha, entre la revelacion positiva i esa otra revelacion universal qe abla a todos los ombres en el libro de la naturaleza. Si entendimientos extraviados an abusado de sus conocimientos para impugnar el dogma, ¿qé prueba esto sino la condicion de las cosas umanas? Si la razon umana es débil, si tropieza i cae, tanto mas necesario es suministrarle alimentos sustanciosos i apoyos sólidos. Porqe extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, qe le ace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin acerlo al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo qe es bello, jeneroso, sublime, santo; sin emponzoñar las fuentes de la moral; sin afear i envilecer la Relijion misma. E dicho qe todas las verdades se tocan, i aun no creo aber dicho bastante. Todas las facultades umanas forman un sistema, en qe no puede aber regularidad i armonia, sin el concurso de cada una. No se puede paralizar fibra, (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin qe todas las otras enfermen.

Las ciencias i las letras, fuera de este valor social, fuera de esta importancia qe podemos llamar instrumental, fuera del varniz de amenidad i elegancia qe dan a las sociedades umanas, i qe debemos contar tambien entre sus beneficios, tienen un mérito suyo, intrínseco, en cuanto aumentan los placeres i goces del individuo qe las cultiva i las ama; placeres exqisitos, a qe no llega el delirio de los sentidos; goces puros, en qe el alma no se dice a sí misma:

.....Medio de fonte leporum
Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angit (1);

De en medio de la fuente del deleite
Un no sé qé de amargo se levanta,
Qe entre el alago de las flores punza.

Las ciencias i la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos i vijilias qe se les consagran. No ablo de la gloria qe ilustra las grandes conquistas científicas; no ablo de la auréola de inmortalidad qe corona las obras del jénio. A pocos es permitido esperarlas. Ablo de los placeres, mas o ménos elevados, mas o ménos intensos, qe son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades umanas, la actividad es en sí misma un placer; placer qe, como dice un filósofo escoces (2), sacude de nosotros aqella inercia a qe de otro modo nos entregariamos en daño nuestro i de la sociedad. Cada senda qe abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz qe se le descubre en el tipo ideal de la belleza, ace estremecer deliciosamente el corazon umano, criado para admirarla i sentirla. El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditacion las mil voces del coro de la naturaleza; mil visiones peregrinas revuelan en torno de la lámpara solitaria qe alumbra sus vijilias. Para él solo se desenvuelve en una escala inmensa el órden de la naturaleza; para él solo se atavía la creacion de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras i las ciencias, al mismo tiempo qe dan un ejercicio delicioso al entendimiento i a la imajinacion, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (despues de la umilde i contenta resignacion del alma relijiosa) el mejor preparativo para la ora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, ilumina su cárcel con las mas sublimes especulaciones qe nos a dejado la antigüedad jentílica sobre el porvenir de los destinos umanos. Dante compone en el destierro su *Divina Comedia*. Lavoisier pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigacion importante. Chenier, aguardando por ins-

(1) Lucrecio.
(2) Tomas Brown.

tantes la muerte, escribe sus últimos versos, qe deja incompletos para marchar al patíbulo:

«Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire,
Anime la fin d'un beau jour,
Au pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre.»

Cual rayo postrero,
cual aura qe anima
el último instante
de un ermoso dia,
al pié del cadalso
ensayo mi lira.

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan léjos a sus favorecidos adoradores, yo mismo e podido participar de sus beneficios, i saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, i conservan todavia algunos matices a el alma, como la flor qe ermosea las ruinas. Ellas an echo aun mas por mí; me alimentaron en mi larga peregrinacion, i encaminaron mis pasos a este suelo de libertad i de paz, a esta Patria adoptiva, qe me a dispensado una ospitalidad tan benévola.

Ai otro punto de vista, en qe talvez lidiarémos con preocupaciones especiosas. Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagacion de las luces? Mas apénas concibo qe pueda acerse esa pregunta en una edad qe es por excelencia la edad de la asociacion i la representacion; en una edad en qe pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia; en la edad de los gobiernos representativos. La Europa i los Estados-Unidos de América nuestro modelo bajo tantos respectos, responderán a ella. Si la propagacion del saber es una de sus condiciones mas importantes, porqe sin ella las letras no arian mas qe ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a qe se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias acen beneficios esenciales a la ilustracion i a la umanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sábios de la Alemania, de la Francia, de los Estados-Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagacion del saber, las Academias, las Universidades, forman otros tantos depósitos, adonde tienden constantemente a acumularse todas las adqisiciones científicas, i de estos centros es de

donde se derraman mas fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile a sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la lei qe le a dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro Gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo i propagador.

Otros pretenden qe el fomento dado a la instruccion científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soi de los qe miran la instruccion jeneral, la educacion del pueblo, como uno de los objetos mas importantes i privilejiados a qe pueda dirijir su atencion el Gobierno; como una necesidad primera i urjente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero por eso mismo creo necesario i urjente el fomento de la enseñanza literaria i científica. En ninguna parte a podido jeneralizarse la instruccion elemental qe reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del jénero umano, sino donde an florecido de antemano las ciencias i las letras. No digo yo qe el cultivo de las letras i de las ciencias traiga en pos de sí como una consecuencia precisa la difusion de la enseñanza elemental; aunqe es incontestable qe las ciencias i las letras tienen una tendencia natural a difundirse, cuando causas artificiales no la contrarían. Lo qe digo es qe el primero es una condicion indispensable de la segunda; qe donde no exista aqel, es imposible qe la otra, cualesqiera qe sean los esfuerzos de la autoridad, se verifiqe bajo la forma conveniente. La difusion de los conocimientos supone uno o mas ogares, de donde salga i se reparta la luz, qe extendiéndose progresivamente sobre los espacios intermedios, penetre al fin las capas extremas. La jeneralizacion de la enseñanza reqiere gran número de maestros competentemente instruidos; i las aptitudes de estos sus últimos distribuidores, son, ellas mismas, emanaciones mas o ménos distantes de los grandes depósitos científicos i literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena direccion de la enseñanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual mui adelantada. La instruccion literaria i científica es la fuente de donde la instruccion elemental se nutre i se vivifica; a la manera qe en una sociedad bien organizada la riqeza de la clase mas favorecida de la fortuna es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, el bienestar del pueblo. Pero la lei, al plantear de nuevo la Universidad, no a qerido fiarse solamente de esa tendencia natural de la ilustracion a difundirse, ya qe la imprenta da en nuestros dias una fuerza i una movilidad no conocidas ántes; ella a unido íntimamente las dos especies de enseñanza; ella a dado a una de las secciones del Cuerpo universitario el encargo especial

de velar sobre la instruccion primaria, de observar su marcha, de facilitar su propagacion, de contribuir a sus progresos. El fomento, sobretodo, de la instruccion relijiosa i moral del pueblo es un deber qe cada miembro de la Universidad se impone por el echo de ser recibido en su seno.

La lei qe a restablecido la antigua Universidad sobre nuevas bases, acomodadas al estado presente de la civilizacion i a las necesidades de Chile, apunta ya los grandes objetos a qe debe dedicarse este Cuerpo. El Sr. Ministro Vice-Patrono a manifestado tambien las miras qe presidieron a la refundicion de la Universidad, los fines qe en ella se propone el lejislador, i las esperanzas qe es llamada a llenar; i a desenvuelto de tal modo estas ideas, qe siguiéndole en ellas apénas me seria posible acer otra cosa qe un ocioso comentario a su discurso. Añadiré con todo algunas breves observaciones qe me parecen tener su importancia.

El fomento de las Ciencias Eclesiásticas, destinado a formar dignos ministros del culto, i en último resultado a proveer a los pueblos de la República de la competente educacion relijiosa i moral, es el primero de estos objetos i el de mayor trascendencia. Pero ai otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagracion de la Universidad a la causa de la moral i de la Relijion. Si importa el cultivo de las ciencias eclesiásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, tambien importa jeneralizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud qe participa de la educacion literaria i científica, conocimientos adecuados del dogma i de los anales de la fé cristiana. No creo necesario probar qe ésta debiera ser una parte integrante de la educacion jeneral indispensable para toda profesion, i aun para todo ombre qe qiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo.

A la Facultad de Leyes i Ciencias Políticas se abre un campo el mas vasto, el mas susceptible de aplicaciones útiles. Lo abeis oido: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo qe principalmente espera de la Universidad el Gobierno; es lo qe principalmente debe recomendar sus trabajos a la Patria. Erederos de la lejislacion del pueblo rei, tenemos qe purgarla de las manchas qe contrajo bajo el influjo maléfico del despotismo; tenemos qe despejar las incoerencias qe deslustran una obra a qe an contribuido tantos siglos, tantos intereses alternativamente dominantes, tantas inspiraciones contradictorias. Tenemos qe acomodarla, qe restituirla a las intituciones republicanas. ¿I qé objeto mas importante o mas grandioso, qe la formacion, el perfeccionamiento de nuestras leyes orgánicas, la recta i pronta administracion de justicia, la seguridad de nuestros derechos, la fé de las transacciones comerciales, la paz del ogar doméstico?

La Universidad, me atrevo a decirlo, no acojerá la preocupacion qe condena como inútil o pernicioso el estudio de las leyes romanas; creo por el contrario qe le dará un nuevo estímulo i lo asentará sobre bases mas ámplias. La Universidad verá probablemente en ese estudio el mejor aprendizaje de la lójica jurídica i forense. Oigamos sobre este punto el testimonio de un ombre a qien seguramente no se tachará de parcial a doctrinas antiguas; a un ombre qe en el entusiasmo de la emancipacion popular i de la nivelacion democrática a tocado talvez al extremo. «La ciencia estampa en el derecho su sello: su lójica sienta los principios, formula los axiomas, deduce las consecuencias, i saca de la idea de lo justo, reflejándola, inagotables desenvolvimientos. Bajo este punto de vista, el derecho romano no reconoce igual: se pueden disputar algunos de sus principios; pero su método, su lójica, su sistema científico, lo an echo i lo mantienen superior a todas las otras lejislaciones: sus textos son la obra maestra del estilo jurídico; su método es el de la jeometría aplicado en todo su rigor al pensamiento moral.» Así se explica L'Herminier, i ya ántes Leibnitz abia dicho: «In jurisprudentia regnant (romani). Dixi sæpius post scripta geometrarum nihil extare quod vi ac subtilitate cum romanorum jurisconsultorum scriptis comparari possit: tantum nervi inest; tantum profunditatis.»

La Universidad estudiará tambien las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, qe no presenta problemas ménos vastos, ni de ménos arriesgada resolucion. La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, i leerá en sus guarismos la expresion de nuestros intereses materiales. Porqe en éste, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en qe se propone dirijir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, converjen a un centro: la Patria.

La Medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares qe dan al ombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la ijiene privada i pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su jerminacion i de su actividad devastadora; i ará, en cuanto es posible, qe se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar i reparar la salud. ¿Enumeraré aora las utilidades positivas de las Ciencias Matemáticas i Físicas, sus aplicaciones a una industria naciente, qe apénas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procederes bien entendidos, sin máqinas, sin algunos aun de los mas comunes utensi-

lios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de veneros metálicos, a un suelo fértil de riqezas vejetales, de sustancias alimenticias; a un suelo, sobre el qe la ciencia a echado apenas una ojeada rápida?

Pero fomentando las aplicaciones prácticas, estoi mui distante de creer qe la Universidad adopte por su divisa el mezqino *cui bono?*, i qe no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porqe para guiar acertadamente la práctica, es necesario qe el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciacion de sus fórmulas jenerales. La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Ilo segundo, porqe, como dije ántes, el cultivo de la intelijencia contemplativa qe descorre el velo a los arcanos del universo físico i moral, es en sí mismo un resultado positivo i de la mayor importancia. En este punto, para no repetirme, copiaré las palabras de un sábio inglés, qe me a onrrado con su amistad. «A sido», dice el Dr. Nicolas Arnott, «a sido una preocupacion el creer qe las personas instruidas así en las leyes jenerales tengan su atencion dividida, i apénas les qede tiempo para aprender alguna cosa perfectamente. Lo contrario, sin embargo, es lo cierto; porqe los conocimientos jenerales acen mas claros i precisos los conocimientos particulares. Los teoremas de la filosofía son otras tantas llaves qe nos dan entrada a los mas deliciosos jardines qe la imajinacion puede figurarse; son una vara májica qe nos descubre la faz del universo i nos revela infinitos objetos qe la ignorancia no ve. El ombre instruido en las leyes naturales está, por decirlo así, rodeado de seres conocidos i amigos, miéntras el ombre ignorante peregrina por una tierra extraña i ostil. El qe por medio de las leyes jenerales puede leer en el libro de la naturaleza, encuentra en el universo una istoria sublime qe le abla de Dios, i ocupa dignamente su pensamiento asta el fin de sus dias.»

Paso, Señores, a aqel departamento literario qe posee de un modo peculiar i eminente la cualidad de pulir las costumbres; qe afina el lenguaje, aciéndolo un veículo fiel, ermoso, diáfano, de las ideas; qe por el estudio de otros idiomas vivos i muertos nos pone en comunicacion con la antigüedad i con las naciones mas civilizadas, cultas i libres de nuestros dias; qe nos ace oir, no por el imperfecto medio de traducciones siempre i necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes, los acentos de la sabiduría i la elocuencia extranjera; qe por la contemplacion de la belleza ideal i de sus reflejos en las obras del jenio purifica el gusto, i concilia con los raptos audaces de la fan-

tasía los derechos imprescriptibles de la razon; qe, iniciando al mismo tiempo el alma en estudios severos, auxiliares necesarios de la bella literatura, i preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual i moral, expone las leyes eternas de la intelijencia, a fin de dirijir i afirmar sus pasos, i desenvuelve los pliegues profundos del corazon, para preservarlo de extravios funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos i los deberes del ombre. Enumerar estos diferentes objetos es presentaros, Señores, segun yo lo concibo, el programa de la Universidad en la seccion de Filosofía i Umanidades. Entre ellos, el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogaré jamas por el purismo exajerado qe condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo por el contrario, qe la multitud de ideas nuevas qe pasan diariamente del comercio literario a la circulacion jeneral, exije voces nuevas qe las representen. ¿Allarémos en el diccionario de Cervántes i de Frai Luis de Granada: no qiero ir tan léjos=¿allarémos en el diccionario de Iriarte i Moratin, medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes qe flotan oi dia sobre las intelijencias medianamente cultivadas, para expresar el pensamiento social? Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia i las formas; i viejas voces, vieja fraseolojía! Sobre ser desacordada esa pretension, porqe pugnaria con el primero de los objetos de la lengua, la fácil i clara trasmision del pensamiento, seria del todo inaseqible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enrriqecerlo, se puede acomodarlo a todas las exijencias de la sociedad i aun a las de la moda, qe ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin acer violencia a su jenio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal i Racine, la lengua de Chateaubriand i Villemain? ¿ Y no trasparenta perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros dias, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Ai mas: demos anchas a esta especie de culteranismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neolojismo; i nuestra América reproducirá dentro de poco la confusion de idiomas, dialectos, i jerigonzas, el caos babilónico de la edad media; i diez pueblos perderán uno de sus vínculos mas poderosos de fraternidad, uno de sus mas preciosos instrumentos de correspondencia i comercio.

La Universidad fomentará, no solo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras. Pero no sé si me engaño. La opinion de aqellos qe creen qe debemos recibir los resulta-

dos sintéticos de la ilustracion europea, dispensándonos del exámen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adqirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufrajios en la Universidad. Respetando, como respeto, las opiniones ajenas, i reservándome solo el derecho de discutirlas, confieso qe tan poco propio me pareceria para alimentar el entendimiento, para educarle i acostumbrarle a pensar por sí, él atenernos a las conclusiones morales i políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la istoria antigua i moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el prévio trabajo intelectual de la demostracion. Yo miro, Señores, a Herder como uno de los escritores qe an servido mas útilmente a la umanidad: él a dado toda su dignidad a la istoria, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia, i los destinos a qe es llamada la especie umana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los echos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina, sino por medio de prévios estudios istóricos. Sustituir a ellos deducciones i fórmulas, seria presentar a la juventud un esqeleto en vez de un traslado vivo del ombre social; seria darle una coleccion de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones de los grandes pueblos i de los grandes ombres; seria qitar al moralista i al político las convicciones profundas qe solo pueden nacer del conocimiento de los echos; seria qitar a la experiencia del jénero umano el saludable poderío de sus avisos, en la edad cabalmente, qe es mas susceptible de impresiones durables; seria qitar al poeta una inagotable mina de imájenes i de colores. I lo qe digo de la istoria, me parece qe debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios. Porqe nada ace mas desabrida la enseñanza qe las abstracciones, i nada la ace fácil i amena, sino el proceder qe amoblando la memoria, ejercita al mismo tiempo el entendimiento i exalta la imajinacion. El raciocinio debe enjendrar al teorema; los ejemplos gravan profundamente las lecciones.

¿I pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunqe de paso, en esta rápida reseña, a la mas echicera de la vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capitel corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera sobre todo dejar de aludir a la excitacion instantánea, qe a echo aparecer sobre nuestro orizonte esa constelacion de jóvenes injenios qe cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con injenuidad: ai incorreccion en sus

versos; ai cosas qe una razon castigada i severa condena. Pero la correccion es la obra del estudio i de los años; ¿qien pudo esperar la de los qe en un momento de exaltacion poética i patriótica a un tiempo se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar qe en las almas chilenas arde tambien aqel fuego divino, de qe por una preocupacion injusta se las abia creido privadas? Muestras brillantes, i no limitadas al sexo qe entre nosotros a cultivado asta aora casi exclusivamente las letras, la abian refutado ya. Ellos la an desmentido de nuevo. Yo no sé si una predisposicion parcial acia los ensayos de las intelijencias juveniles, extravia mi juicio. Digo lo qe siento: allo en esas obras destellos incontestables del verdadero talento, i aun con relacion a algunas de ellas, pudiera decir, del verdadero jenio poético. Allo en algunas de esas obras una imajinacion orijinal i rica, expresiones felizmente atrevidas, i (lo qe parece qe solo pudo dar un largo ejercicio) una versificacion armoniosa i fluida qe busca de propósito las dificultades para luchar con ellas i sale airosa de esta arriesgada prueba. La Universidad, alentando a nuestros jóvenes poetas, les dirá talvez: «Si qereis qe vuestro nombre no qede encarcelado entre la Cordillera de los Andes i la Mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones jenerosas del talento; si qereis qe os lea la posteridad, aced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Aced mas; tratad asuntos dignos de vuestra Patria i de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte i de Safo: la poesia del Siglo XIX tiene una mision mas alta. Qe los grandes intereses de la umanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes i puras.

.....Musarum sacerdos,
Virjinibus puerisque canto (1).

¿I cuántos temas grandiosos no os presenta ya vuestra jóven República? Celebrad sus grandes dias; tejed guirnaldas a sus éroes; consagrad la mortaja de los mártires de la Patria.» La Universidad recordará al mismo tiempo a la juventud aqel consejo de un gran maestro de nuestros dias: «Es preciso,» decia Goethe, «qe el arte sea la regla de la imajinacion i la trasforme en poesía.»

El arte! Al oir esta palabra, aunqe tomada de los labios mis-

(1) Oracio.

mos de Goethe, abrá algunos qe me coloqen entre los partidarios de las reglas convencionales, qe usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante acepcion; i no creo qe mis antecedentes la justifiqen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos i jéneros, en las cadenas con qe se a qerido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles i Oracio, i atribuyéndoles a veces lo qe jamas pensaron. Pero creo qe ai un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del jenio competentemente preparado; creo qe ai un arte qe guia a la imajinacion en sus mas fogosos trasportes; creo qe sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinjes, creaciones enigmáticas i monstruosas. Esta es mi fé literaria. Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orjias de la imajinacion.

La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil qe lo recibe todo sin exámen, i por otra a la desarreglada licencia qe se revela contra la autoridad de la razon i contra los mas nobles i puros instintos del corazon umano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones.

Pero no debo abusar mas tiempo de vuestra paciencia. El asunto es vasto; recorrerlo a la lijera, es todo lo qe me a sido posible. Siento no aber ocupado mas dignamente la atencion del respetable auditorio qe me rodea, i le doi las gracias por la induljencia con qe se a servido escucharme.

==

Terminado el discurso del Rector, el Secretario Jeneral de la Universidad proclamó los temas de premios universitarios para el año de 1844.

2.

DISCURSO

Pronunciado por el R. P. Fr. Francisco Briceño, de la Orden de Relijiosos Franciscanos, miembro de la Facultad de Teolojia, electo por el Supremo Gobierno, el dia de su incorporacion solemne, 12 de Mayo de 1844.

Señores:

El Supremo Gobierno me a onrrado con el título de miembro de la Facultad de Teolojía de la Universidad de Chile, i al asociarme a vosotros, qe perteneceis tambien a esta ilustre corporacion, cumplo con un deber, qe me es altamente grato, dando un testimonio público de mi reconocimiento por la distincion qe se me a dispensado.

Qisiera ocupar en este momento vuestra atencion de un modo digno del objeto de este discurso; qisiera, ya qe no me es dado dar mayor realce a verdades de suyo elocuentes i sublimes, presentarlas al ménos con toda su pompa i magnificencia. Las verdades, Señores, a qe aludo están consignadas en la ciencia de la relijion santa qe profesamos, en la qe instruye al ombre en el conocimiento de las relaciones de fraternidad i concordia, qe eslabonan entre sí a la gran familia cristiana, en la qe derrama en el corazon el bálsamo de la virtud, en la qe sustenta la existencia intelectual con la esperanza de la verdadera felicidad; en fin, en la qe nos enseña a conocer el poder inmenso del dispensador de todo bien, del árbitro de los destinos del jénero umano, para prosternarnos i tributarle dia a dia rendidos omenajes de alta veneracion.

La Teolojía, Señores, es esa ciencia tan importante, tan vasta, tan necesaria, no solo al eco de la palabra evanjélica, al intérprete de la revelacion divina, al embajador del Todo-Poderoso, segun la expresion de San Pablo, qe está colocado entre el Cielo i la tierra para encaminar a los ombres por la senda de la virtud, sino al filósofo, al literato, al ombre público, a todo el qe comprende su mision en la tierra, i asta al mas ignorante. Porqe la relijion es la vida de la especie umana, i sin ella todo es un caos e incertidumbre. El qe a favorecido el Cielo con el don especial de acerle cristiano, el qe nació i se educó en el seno de una sociedad qe adora toda entera a un mismo Dios, para corresponder dig-

namente a tan inestimable beneficio, debe constantemente nutrir su espíritu con la lectura de los libros sagrados, qe forman la Santa Escritura.

La civilizacion cunde i se propaga; rápido es el progreso de las ciencias i debiendo marchar tambien a la par los progresos de la moral, por una fatalidad inexplicable, las ciencias mismas mal dirijidas, extraviando los talentos corrompen las costumbres, i logran, si no extinguir, por lo ménos relajar la creencia, qe vive i se sustenta con la fé. Al fin vienen a caer en la indiferencia apellidándose siempre cristianos, como si ésta, así como la impiedad, no fueran los azotes del jénero umano. El olvido de los deberes relijiosos trae consigo la licencia de las costumbres, i el desenfreno de las pasiones: de esto nace el desenfreno político, qe conmueve asta en sus cimientos a las sociedades mas bien constituidas, cuya caida es tanto mas estrepitosa, cuanto mayores son los combustibles qe animan a estos dos monstruos de desvastacion i de ruina. Así decia el Conde de Frayssinous, qe despues de treinta años retumbaba aun en el universo el estruendo qe izo al desplomarse una monarqía de catorce siglos, como la francesa.

La reedificacion es no ménos difícil qe costosa. Pero están al alcance de todos los medios de precaverse de estas desgracias; i cuando se levanta entre nosotros una jeneracion, qe se a consagrado con entusiasmo al cultivo de las letras, es preciso erijir un muro de division entre ella i la indiferencia, inspirándole al mismo tiempo un amor al estudio de la primera de las ciencias; cuya importancia nadie desconoce, pero qe a dejado de ser por algun tiempo parte de la educacion.

La Teolojía es, sin duda, esa ciencia sublime por su objeto i por sus fines. Derivada de la misma revelacion, es entre todas las ciencias la mas digna de ocupar al ombre, i para él la mas interesante. Partiendo de principios infalibles, saca consecuencias igualmente verdaderas, qe satisfacen plenamente al qe desea con sinceridad librarse del error. Por ella, dice un Padre de la Iglesia, la fé se enjendra, se nutre, se defiende i se corrobora. La fé es el don mas precioso concedido a los mortales, por el qe conocemos nuestras relaciones con el Criador, i las verdades qe nuestro limitado talento no podia descubrir; verdades necesarias a un ser moral, cual es el ombre. Esta fé necesita de maestros i Doctores qe la propongan a los pueblos, i qe la sostengan con todo jénero de razones contra los impugnadores de la verdad.

Los dogmas qe nos enseñan an sido impugnados en todo tiempo por algunos espíritus inqietos i turbulentos, qe an tratado de negar las verdades reveladas, i apartar a los ombres de su creencia. Los sofismas, la mala fé, la falsedad, an sido las armas de qe

se an valido para introducir el error. Confundir a estos jenios de perversidad, cautelar a los fieles contra sus astucias, descubrir sus paralojismos; en una palabra, acer triunfar la verdad, sacarla victoriosa de los ataqes qe se le acen, é aqi el ejercicio de un teólogo, de un Sacerdote instruido, de un pastor celoso de su grei; de un cristiano en fin, qe sabe lo qe cree, cómo lo cree, i porqé lo cree.

El Doctor de las jentes encargaba a los Pastores de la Iglesia, qe fuesen instruidos en la sana doctrina, para qe pudiesen argüir a los qe contradecian la grande obra de la predicacion del Evanjelio. Por esta doctrina sana entendia el Santo Apóstol un conocimiento profundo de la Sagrada Escritura, de la tradicion, i de todas las verdades qe estas dos fuentes nos suministran. Como todo el edificio de la relijion estriba sobre estos fundamentos, de aqí es qe el qe qiera entrar al santuario de esta ciencia sublime, debe consultar estas fuentes de sabiduria. En ella encontrará los dogmas qe debe creer, las máximas morales qe a de seguir; en una palabra, toda la economia de la relijion cristiana considerada en todos sus aspectos. ¿Qé espectáculo tan bello, qé institucion tan admirable, qé órden tan armonioso, qé atractivo tan eficaz no se presenta desde luego a la vista del espectador juicioso, qe atentamente estudia i considera la obra de la sabiduria eterna? La teolojía, Señores, es la qe nos conduce como de la mano, en la investigacion de la relijion divina, a la qe está ligada la felicidad del jénero umano.

Partiendo desde el principio infalible de la existencia de un Dios criador i conservador de todas las cosas, ace ver la necesidad, la obligacion qe ai en la criatura racional de tributarle sus omenajes, de adorarle, de obedecerle, i de conformar en todo su voluntad a la divina. Siendo tan limitado el entendimiento umano, no alcanzando por sí solo a descubrir sus relaciones con la divinidad, era preciso qe este mismo Dios, lleno de bondad i de justicia, se constituyese en maestro del ombre, le comunicase, le instruyese i perfeccionase, enseñándole el modo de servirle. Esta es la revelacion, cuyo echo demuestra la Teolojía, probando asta la evidencia aberse verificado.

Dios es la suma verdad, no puede engañarse ni engañarnos: luego si se a dignado ablar al ombre, i revelarle misterios superiores a la razon, estos son de una certidumbre tal, que no dejan el menor motivo de duda. Debe entónces el ombre sujetar su entendimiento en obseqio de la fé, i prestar un asenso firmísimo a las verdades reveladas.

Las obras de Dios no pueden ser imperfectas. Supuesto que se dignó revelarse a los ombres, precisamente a de existir una socie-

dad depositaria de esta revelacion; de lo contrario, todo seria un caos espantoso. Esta sociedad debe allarse adornada de tales caracteres, qe la distingan de toda otra qe no disfrute igual prerrogativa. A de ser santa, única i verdadera, como el mismo Dios, infalible en sus decisiones, i perpetua en su duracion.

Esta es, Señores, la Iglesia, con todo el órden admirable qe ella contiene. Como toda sociedad necesita de cabeza, la Iglesia tambien la tiene, i está revestida de la autoridad competente para rejirla i gobernarla; cuya autoridad no se funda solo en la conveniencia i utilidad, sino qe trae su orijen de mas arriba, del mismo fundador de la Iglesia, de Jesu-Cristo, Dios i ombre, qe teniendo toda potestad en el Cielo i en la tierra, se dignó comunicarla a los qe constituyó Pastores de su grei, i dispensadores de su doctrina.

La excelencia de esta doctrina divina se comprueba por la dignidad de su autor, por la perfeccion de su sustancia, i por la grandeza de su fin. Por la dignidad de su autor, porqe es el mismo J. C. El nos la a trasmitido por el ministerio de los Apóstoles, i sus sucesores la perpetúan todos los dias entre nosotros. Por la perfeccion de su sustancia, esto es, de las cosas qe contiene, supuesto qe no ai virtud qe ésta lei no mande practicar, ni vicio alguno qe no proiba; i por la grandeza de su fin, pues tiene por objeto, no bienes frájiles i caducos, sino la vida eterna.

E aqí, señores, un peqeño bosqejo del plan de la relijion, plan qe debe atraer las miradas del filósofo i del ignorante, i qe desenvolveria yo aora, aciendo ver la correspondencia de todas sus partes, si no me allase ante una reunion de sabios tan respetables, cuyas superiores luces se ofenderian de mi audacia. Claro es qe los nombres de relijion, iglesia, revelacion, tomados en abstracto, podrian aplicarse a esa multitud de relijiones falsas, qe para desgracia del jénero humano se an visto abortar en el mundo. Pero yo, al expresar nombres tan venerados, solamente ablo, Señores, de la única i verdadera relijion en cuyo seno vivimos, de la Católica, Apostólica Romana.

Esta relijion sublime en sus dogmas, santa en su moral, pura i majestuosa en su culto, i severa en su disciplina, cuyas partes se sostienen i apoyan recíprocamente; esta relijion benéfica qe a civilizado al mundo, cuya moral a mudado la faz de las naciones qe la an abrazado, aciendo conocer al ombre su dignidad i los justos límites en qe debe contener sus inclinaciones; qe a obligado a deponer su ferocidad al conqistador, su orgullo al poderoso; al mismo tiempo qe prescribe la paciencia al pobre i abatido, qe abla al lejislador para qe sus instituciones vayan arregladas a la eqidad i justicia, al mandatario para qe proteja la inocencia, al

súbdito para qe obedezca sin violencia a su superior; en una palabra, qe extiende su benéfico influjo asta lo mas oculto del corazon, reprimiendo las pasiones, los deseos inmoderados, i dirijiéndolo todo a la felicidad del mismo qe la profesa, llenándolo de consuelo en esta vida, i de esperanzas para la futura; esta relijion digo, benéfica i consoladora, siendo una emanacion de la luz increada, no teme la luz, porqe ella misma es la luz qe a iluminado a todo el mundo.

Sus dogmas se allan revestidos de fundamentos de credibilidad tan luminosos, qe cualqiera ombre capaz de algun discurrimiento, no puede ménos qe rendirse a la evidencia de las razones, qe los acen creibles, i prestar su asenso con tanta mas confianza, cuanta es la certidumbre qe tiene, de qe creyendo las verdades reveladas, aunqe superiores a su razon, obra conforme a esta misma razon, apoyándose en el testimonio veracísimo de Dios.

Es verdad qe la fé i no la razon es la qe ace al cristiano; sin embargo, la razon a de conducir a la fé. Esta relijion augusta no teme qe la razon umana la examine i la manifieste; ella tolera sin trabajo las miradas mas curiosas, mui diferente de las demas relijiones qe a abido en el universo, las qe no pueden sufrir la luz, i para ocultar su debilidad necesitan cubrirse de sombras afectadas i de secretos misteriosos. La nuestra al contrario qiere ser considerada i examinada de cerca; porqe cuanto mas se examina, tanto mas se descubren sus divinas armonias, i cuanto mas se profundiza, se admira mucho mas su divinidad i su excelencia.

No es posible estudiar seriamente la relijion sin descubrir las muchísimas pruebas qe convencen su verdad. Ya se vé, éstas a un cristiano no le acen, ni son necesarias para acerle un creyente fiel: lo era ántes de descubrirlas, porqe la fé es un don de Dios i no efecto de raciocinios umanos. Pero lo qe no es menester para el establecimiento de la fé, es mui útil para conservarla i defenderla. Las pruebas le sirven como de antemural exterior, precaviendo las dudas qe pudieran suscitarse, disipando con una pronta luz las qe se ofrecen, i anulando las impresiones qe pudieran causar las qe mueven contra ella sus contrarios.

Ai ademas otra ventaja en estas pruebas, por lo qe demuestran qe la fé es razonable, o qe es conforme a la razon el sujetarse enteramente a la fé. I como al entendimiento umano, cuya presuncion todo lo qiere entender i decidir, nada le cuesta tanto como el dar su asenso a lo qe no puede comprender, i someterse a lo qe se le proibe examinar, no ai, despues de la gracia interior, cosa mas conducente i oportuna para suavizarle el yugo de la fé, qe acerle conocer, qe cree por ilustracion, i qe si deja de-

consultar la razon, i tomarla por juez en los misterios qe no penetra, es con acuerdo de ella misma, i por el buen uso qe ace de sus luces.

En realidad no comprende el entendimiento todo lo qe cree; pero ilustrado con las pruebas de la relijion, conoce claramente qe debe creerlo. La recta razon lo conduce entónces a la revelacion, de cuya necesidad i certeza qeda por sus mismas luces convencida. La razon pues examina los motivos de creer, para no volver mas a examinar despues de aber creido. Su exámen no recae sobre los dogmas i doctrina revelados, sino únicamente sobre las pruebas de la revelacion; i una vez dado asenso a ellas, todo lo cree sobre la divina palabra. El cristiano no necesita de investigar para asegurarse de su fé, sino, en todo caso, para conocer mejor el precio inestimable de lo qe ya posee. No intenta desvanecer ni aclarar dudas qe no tiene, sino allar su consuelo i satisfaccion, i tener armas con qe confundir a sus contrarios, sin qe aga depender su fé del suceso de sus reflexiones.

Penetrados de estos principios los apolojistas de la relijion no an temido en tiempo alguno entrar a lidiar con los enemigos de la fé con las armas de la razon y de la filosofía. Los filósofos paganos atacaron al cristianismo desde su nacimiento: no era pues bastante oponer el texto de los libros sagrados a unos adversarios qe desconocian su divinidad, i sostenian qe la doctrina de estos libros era opuesta al sentido comun. Era ademas preciso demostrarles la doctrina de estos libros mas razonable qe la suya, i fué absolutamente necesario valerse contra ellos del discurso i de la filosofía. Tal es el oríjen de la teolojía especulativa, qe a llegado asta nuestros tiempos con igual suceso, reportando siempre brillantes victorias de sus opositores.

Señores: nos allamos en el mismo caso qe los doctores cristianos de los primeros siglos. Los disidentes de la relijion siguen la marcha de los filósofos paganos; atacan nuestros misterios con argumentos sacados del raciocinio, i se lisonjean de saber mas en esta materia qe los Apóstoles i todos los doctores sagrados, despreciando igualmente una tradicion de diez i nueve siglos. Los incrédulos repiten el eco de los erejes, i los deistas no qieren admitir especie alguna de revelacion. Ubo, pues, necesidad, i la ai al presente, de probarles lo absurdo de sus principios, la contradiccion de sus doctrinas, i la oposicion de sus opiniones a las de los mejores filósofos; en una palabra, de razonar con estos enemigos, i de usar las mismas armas de qe ellos se valen en la injusta guerra qe nos acen.

Este fué el sendero qe nos trazaron aqellos antiguos defensores del cristianismo, a qienes con justa razon llamamos Padres

de la Iglesia, cuyos escritos, llenos de sabiduría i de luz, an llegado asta nuestros dias, i por cuyo medio conocemos la tradicion en sus mismas fuentes. Ellos nos enseñan la revolucion moral efectuada por el cristianismo, la trasformacion qe se obró en el universo, a la voz de aqella relijion, qe, como dice un Obispo francés, pasó de las catacumbas al trono de los Césares, qe le ofrecieron para defenderla la espada qe ántes se abia gastado en el cuello de los mártires.

Son tambien los Santos Padres los verdaderos modelos de la elocuencia sagrada, porqe no solo encarece la importancia de sus escritos la santidad de su doctrina, sino qe tambien se encuentran en ellos las bellezas del estilo, la fuerza del lenguaje i la concision literaria, qe an admirado siempre, i admiran oi, los sabios mas distinguidos. cualqiera qe sea su creencia.

Su estudio es de absoluta necesidad para el sacerdote qe aspira a llenar dignamente las augustas funciones de su ministerio, i toca especialmente a la Facultad de Teolojía el fomentarlo; a esta Academia Cristiana qe, creada a impulsos de la sabiduria i piedad de nuestras autoridades supremas, está encargada de instruir a la juventud en las sublimes verdades qe acen al ombre virtuoso. Así, afianzándose la moral, se consolida el órden público; i Chile, qe presenta a la faz del mundo el espectácuio de un pueblo qe continúa sin interrupcion la grande obra de la rejeneracion política, presentará tambien un ejemplo grandioso de virtud i de relijion.

3.

DISCURSO

pronunciado por el Presbitero D. Eujenio Guzman, miembro de la Facultad de Teolojia, electo por ella para llenar la vacante qe dejó el fallecimiento del R. P. Fr. Lorenzo Soto, el dia de su incorporacion solemne, 25 de agosto de 1844; i contestacion del Presbitero D. José Ipólito Salas.

Señores:

Un sentimiento irresistible de gratitud me impele a dirijiros la palabra para manifestaros mi reconocimiento. Ingrato seria a vuestra dignacion si sepultase en mi alma este movimiento qe el corazon inspira i la razon aprueba cuando se a recibido un beneficio, i tal considero la gracia qe me abeis dispensado asociándome a vosotros. Nunca me atreví a esperarla porqe siempre la creí digna de talentos superiores a los mios, pero así lo abeis qerido, i yo la acepto gustoso. Sin embargo, estaria mui léjos de admitirla por la debilidad de mis luces, cuya escasez no se me oculta, si no contase con el apoyo de vuestros conocimientos.

Mas, en este dia clásico para mí, en qe por primera vez entro al templo de la sabiduria, séame permitido describir, aunqe imperfectamente, un solo rasgo del cuadro grandioso qe se me presenta a la vista. Este cuadro es la ciencia de la relijion, el conocimiento de Dios. La relijion e dicho; ¡grande espectáculo! Todo está aqí representado, i todo pintado con sus propios coloridos; Dios i el ombre, la virtud, el vicio i las pasiones, nuestros deberes, los acontecimientos umanos, nuestro principio i nuestro fin, el tiempo i la eternidad. Ella todo lo arrastra en pos de sí, principia en Dios, pasa por los siglos i no finaliza jamas: bella en su primera edad como la infancia, majestuosa en su robustez, terrible en la consumacion del mundo; tierra fecunda, cuyos preciosos i sazonados frutos alimentan mas allá de la vida. Ella establece relaciones íntimas i eternas entre Dios i nosotros, nos ace conocer a este Autor de nuestro ser, adorarle i amarle. ¡Cuántos i cuán varios objetos! ¡cuántas profundidades qe sondear! qé elevados misterios! qé admirables instrucciones! qé dilatada serie de verdades si ubiera de recorrerlas! Seria preciso ablar de toda la relijion i acer interminable mi discurso. Escojeré, pues, entre tantas bellezas, la qe ocupa una parte mui remarcable de este cuadro magnífico i qe llamamos Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Vosotros sabeis, señores, cuál fué el resultado de la mision del Ombre-Dios sobre la tierra. Enviado al mundo para dar testimonio de la verdad, debia dejar entre los ombres un depositario de sus oráculos, qe estando presente a todas las jeneraciones, les pudiese ablar a todas en su nombre: un depositario fiel, qe en nada alterase la doctrina qe nos abia legado: en fin, un depositario adornado de caracteres sensibles, para poder ser distinguido entre la multitud de los qe abian de arrogarse el vano título de maestros i profetas, revestido de autoridad soberana para ejecutar sus órdenes i llevar al cabo el plan de la Divina Providencia en la santificacion del mundo. E aquí la Iglesia Católica fundada por Jesucristo; sociedad santa, institucion divina, i por consiguiente nada ai en ella qe no sea digno de ocuparnos, nada qe no merezca nuestra veneracion i omenajes. A la verdad, ¿qé cosa mas digna del ombre qe rendir sus respetos a esta Iglesia Santa i a todo lo qe la pertenece? Ella le ennoblece sobremanera, elevando su pensamiento a contemplar verdades de un órden superior, qe la razon sola no le abria enseñado jamas; sin cuyo conocimiento mas pareceria irracional, qe un ser dotado de la intelijencia. En efecto, ¿qé seria del ombre sin su auxilio? La luz de la razon, ofuscada por las pasiones, solo le presentaria precipicios, sin manifestarle los medios de salvarlos, i mereceria mas bien el nombre de tinieblas: la virtud i el vicio serian nombres vanos, i su corazon, sin regla qe seguir, seria el juguete de sus caprichos i le degradaria asta el estremo. Cuantos an aspirado a la virtud, qe es la sólida grandeza, se an afianzado en esta áncora divina, i los qe creen elevarse despreciándola, acaso recojerán unas pocas flores de gloria efímera, qe se marchitarán bien pronto. Un Bossuet, un Fenelon, un Granada, un Bourdaloue i otros muchos le deben su engrandecimiento, i si no se ubieran gloriado de ser ijos suyos, estarian qizá confundidos con la muchedumbre, o mirariamos con desprecio sus nombres, qe aora son tan venerandos.

Emanada inmediatamente de Dios i obra de sus divinas manos, reune en si todos los elementos qe forman una sociedad perfecta. Su constitucion divina, dictada por la boca misma de la sabiduria encarnada, piedra angular de este soberbio edificio, se alla escrita con caracteres indelebles en el código sagrado del Evanjelio. De aquí saca, como de un manantial inagotable, aqella luz indeficiente qe ilumina a todos los qe no cierran voluntariamente los ojos. ¡Qé sublimidad, qé profundidad en sus misterios! ¡qé santidad en su doctrina! ¡qé pureza en su moral! ¡qé majestad en su culto! De aquí la admirable armonia con qe se rije, formando de sus leyes i preceptos un variado i unísono concierto de máximas saludables qe todas tienen por tendencia nuestra felicidad. De aquí en fin,

aqella calma imperturbable qe como una roca en medio de un mar embravecido, ve desacerse a sus pies la furia vana de sus enemigos. «El siglo 18, dice un docto escritor, abia amotinado contra ella las intelijencias, i todos sabemos con cuánto ardor i abilidad. La razon i la ciencia se abian reunido para destruir el reino de Dios, i ved aqí qe la ciencia i la razon, despues de aber escavado las entrañas de la tierra, sondeado los abismos del océano, interrogado las alturas de los cielos i esplorado los monumentos de todas las edades, no an encontrado voces sino para llenar de bendiciones i admirar, como Balaam en otro tiempo, al pueblo qe acababan de maldecir.»

Su príncipe o cabeza es el Romano Pontífice, jefe universal de esta gran familia, a qien Jesucristo estableció centro de la unidad católica en virtud de la mas solemne promesa qe izo a San Pedro i sucesores suyos en el episcopado. Así es qe vemos grabada con letras de oro por la mano del Señor en la tiara de mas de doscientos cincuenta Papas qe an subido al solio pontificio esta inscripcion: *tú eres Pedro.* Sí, Señores, Pedro se reproduce en cada uno de sus sucesores; Pedro vive en la Iglesia, dice el Padre San Leon, i aun le escuchan sus palabras, aqellas palabras qe el cielo puso en sus labios: *tú eres el Cristo ijo de Dios vivo.* La Iglesia es una monarquía i el Papa ejerce en ella la plenitud del poder soberano; el gran Bossuet es qien lo dice i toda la tradicion. En fuerza de esta centrípeta i plenaria potestad, su autoridad se estiende a todas partes, i solo reconoce por límites los de la Iglesia misma; es otro Moises encargado por Dios para guiarnos a la Santa Sion; nadie está exento de su poder a excepcion de aqellos qe no son del rebaño de Jesus; los reyes, los príncipes, las naciones todas les deben vasallaje, si qieren ser parte del escojido pueblo. Al espresarme así, no temo la nota de ultramontanismo, porqe mis palabras son el eco de toda la antigüedad. Así pensaron los Optatos, Agustinos, Ciprianos, Irenéos, Teodoretos i Bernardos; i los citaria uno a uno sino os creyese animados como yo de los mismos sentimientos. Todos acataron al sucesor de Pedro, se rindieron a sus decisiones i enmudecieron a su voz; todos se prosternaron en presencia suya, i reconocieron en él la viva imájen de aqel a qien se dijo: *sobre tí edificaré mi Iglesia.* En vano, pues, los incrédulos i novadores de consuno procuran despedazarla, ya esparciendo opiniones cismáticas, ya denigrando con epítetos infames la venerable persona del Sumo Sacerdote de la nueva alianza, porqe sus tiros virulentos i emponzoñados escritos son el mejor antídoto contra sus errores. No, no conseguiran partir esta túnica inconsútil, i si alguna vez logran engañar, es solo a aqellos incautos, cuya fé moribunda los tenia ya casi fuera del redil.

Sus majistrados son los Obispos, en los qe una distincion rea. i efectiva de onor i jurisdiccion marca la línea de diferencia qe ai entre ellos i el resto de la jerarqía eclesiástica. Por lo qe San Ignacio de Antioqía en su carta a los fieles de Magnesia se esplica en estos términos: «no debeis ultrajar al Obispo ni despreciarle por su edad, sino tributarle todo respeto..... así lo practican los santos presbíteros, qe sin atender a la juventnd qe ven en el Obispo, ceden, no a él, sino a Jesucristo Supremo Obispo de todos. En obseqio, pues, del qe asi lo ordena debeis obedecerle sin fraude o disimulo... Presida el Obispo en vez de Dios. Así Cipriano dice qe los órdenes de la Iglesia son escalas para el episcopado, al qe llama *fastigium sacerdotii*, la Suprema Majistratura. Por esta razon reside en él la fuente o el principio de todo el poder jurisdiccional qe ejercen los sacerdotes. Esto era palpable en los primeros siglos, cuando, por decirlo así, no abia en cada diócesis mas qe un templo, una cátedra, un altar. Los sacerdotes eran entónces el Senado del Obispo, i obedecian sus órdenes, como aqellos soldados del centurion de qe nos abla el Evanjelio. Así pues, compete a los Obispos la facultad de juzgar, el derecho de decidir en puntos doctrinales i el poder ligar las conciencias con cánones o leyes de diciplina, porqe los destinó el Espíritu Santo para gobernar parte de la grei, segun la sentencia del Apóstol. Su mision es divina, su carácter augusto, sus funciones sacrosantas. Están colocados como antorchas para alumbrarla, como bravos guerreros para defenderla, i como pastores vijilantes para conducirla por las sendas de la sana doctrina. A ellos se les a dicho: *apacentad el rebaño del Señor*. ¡I cuán glorioso es para la Iglesia ver cumplido a la letra en todos tiempos por el cuerpo de pastores tan importante encargo! Sí, Señores, volvamos los ojos a los mas bellos dias de esta sociedad cristiana, i veremos a los Obispos oponerse constantemente ya contra los errores de la erejía, ya contra la corrupcion de las costumbres; los veremos en concilios ecuménicos, en asambleas provinciales, o ya individualmente batirse cuerpo a cuerpo con los enemigos de la verdad, confundirlos i avergonzarlos; los veremos padecer por su pueblo amado, el destierro, la confiscacion i la muerte; los veremos, en fin, muchas veces presentarse como soldados veteranos, cubiertos de onrrosas cicatrices, i rubricar la fé con su sangre. Millares de echos podria acumular en prueba de lo dicho si no me contuviesen la estrechez de un discurso i el respeto qe debo a vuestras luces. Mas no puedo dejar en silencio, sin salir de nuestro Chile, la sabiduria i virtudes eróicas de veintitres dignísimos Obispos, qe an gobernado la Iglesia de Santiago: sobre todo, la piedad i el zelo por la casa del Señor de los Villarrueles, Pozos, Aldayes, Rodriguez i

Vicuñas. ¡Varones ilustres, ornamentos de nuestra Iglesia! ¡Os reconocemos por padres! Vosotros sois dignos de estar al lado de los Borromeos, Mogrovejos i Ligorios. Vuestro nombre esclarecido pasará inmaculado a la posteridad, i el sucesor qe se os prepara lo onrrará con sus virtudes.

Pero demos un paso mas, i entremos al santuario de la Iglesia, de esta esposa del Cordero, a contemplar sus preciosos atavíos, i a verla engalanada de otras tantas joyas cuantas son inestimables cualidades qe la adornan. Su primer timbre es la *unidad*: forma esencial de lo verdadero i de lo bello, segun la espresion de San Agustin. El Ser infinito es uno, i *una* la sociedad personificada a qien cantó en sus divinos epitalámios. *Un Dios, una fé, un bautismo*, es la inscripcion sagrada qe el Apóstol grabó sobre su frente. Ni puede ser de otro modo, porqe siendo la verdad revelada una emanacion de la palabra eterna, es una como la esencia divina qe produce, de suerte qe la Iglesia, única depositaria de esta verdad, ella sola participa entre todas las demas sociedades relijiosas de este atributo eterno de la Divinidad. Una cadena admirable de verdades qe principia en la creacion, se desarrolla i desenvuelve poco a poco a proporcion qe la intelijencia umana se ace capaz de recibirlas, i el símbolo católico no es mas qe el compendio de estas mismas verdades, manifestadas ya con toda su pompa i esplendor. Lo qe la Iglesia a enseñado, enseñará siempre, i diez i nueve siglos no an podido alterar en nada su creencia. La luz radiante de la fé existente en la Iglesia pasa inmutable por todas las jeneraciones, i a todas las ilumina de un mismo modo. Esparcida por el mundo, mediante la predicacion del Evanjelio, estrecha los paises mas distantes con lazos fraternales, i a pesar de los obstáculos qe le oponen la diversidad de idiomas, leyes i costumbres, ace un solo pueblo de todas las naciones de la tierra. Unidad incomunicable de la Iglesia, qe en tres diversas ramificaciones de dogma, de moral i de culto encierra toda la economía de los secretos qe Dios se a dignado revelarla; economía qe enlaza i traba las partes de este cuerpo con tal disposicion, qe una sola destruida, todo el edificio bambolea. Las demas relijiones llevan consigo el carácter de la inconstancia, como partos propios del entendimiento del ombre, cuya escasa luz le ace oi mirar como falso, lo qe tuvo ayer por verdadero; asi las vemos vagar de error en error, dividirse, destruirse i aniqilarse.

La Iglesia es tambien *católica*, es decir, universal i perpétua, segunda cualidad qe la distingue de las falsas relijiones. Es universal. Desde el nacimiento del sol asta su ocaso es grande mi nombre entre las jentes, i en todo lugar se sacrifica i se me ofrece una oblacion inmaculada, decia un Profeta anunciando esta ver-

dad, i nosotros la vemos realizada en toda su extension. En efecto, Jesucristo debia cumplir los antiguos oráculos, i para verificarlo ordena a sus Apóstoles prediqen el Evanjelio a todas las naciones. ¿I qé sucedió? é aqí un echo admirable e incomprensible a la razon: doce pobres pescadores sin elocuencia, sin sabiduria, segun el mundo, sin nobleza, sin prestijio, son los ejecutores de tamaña empresa. ¿I qé es lo qe intentan? una locura a los ojos de la umana filosofía; nada ménos qe reformar al mundo i dar a conocer por Dios al crucificado; lo intentan i lo consiguen. Sin otros medios qe la fé, la umildad, la paciencia, el desinteres, predican la nueva doctrina, i a su voz el Capitolio se estremece, los ídolos caen i el soberbio filósofo se umilla: todo lo atacan con sola su palabra i todo lo destruyen; creencias absurdas, costumbres viciosas, pasiones inveteradas: se presentan en público, no temen ser confundidos, nada les arredra: la cuchilla del tirano en vez de acobardarles los anima, i nada desean tanto como verter su sangre para atestiguar lo qe dicen. Con esta intrepidez recorren la Judea, la Grecia, la Italia, i asta la España: plantan la cruz en Corinto, Filipos, Tesalónica, Efeso, Antioqía, Roma, Creta, Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, etc.: en todas partes, por do qiera qe pasan, fundan iglesias, i dejan establecido el cristianismo. Sus discípulos i sucesores continúan esta grande obra, i esparcen la semilla de la fe en todo el imperio romano, i asta las últimas extremidades del globo. Sesenta lustros de crueles persecuciones no fueron bastantes para sofocar este buen grano, mas fecundo mientras mas oprimido, como dice Tertuliano. ¿Pero para qé empeñarme en probar lo qe la esperiencia nos enseña? ¿No vemos cada dia abrazar la fé pueblos enteros? ¿No vemos aumentarse el reino de la Iglesia, qe a nadie excluye, qe a todos llama para acerlos participantes de los inmensos bienes de qe es depositaria? Sí, aun derraman la sangre ilustres ijos suyos por extenderla, i la India, la China, la Oceanía i otros pueblos son testigos elocuentes del eroismo cristiano i de las conqistas progresivas del Evanjelio. Es perpétua. Sacó Dios al ombre de la nada con su liberal mano, i lo dotó de intelijencia; por consiguiente, ai entre el ombre i Dios relaciones necesarias; i siendo la verdadera relijion el conjunto de estas relaciones eternas, no puede dejar de existir en tiempo alguno como no puede faltar un medio adecuado por el qe la criatura racional pueda dirijirse al Ser Supremo i tributarle los omenajes qe le son debidos. Tan antigua como el mundo, nació con el ombre, i no reconoce otro principio qe Dios. I como la Iglesia no es mas qe la continuacion de esta relijion, o la espresion social i visible qe la representa, sube asta la creacion, realizando en sí misma los oráculos qe la precedieron. Así la nueva lei se une a la antigua, i forma un todo perfecto, cuyo punto de contacto es

Jesucristo. ¿Cuál es la secta qe pueda disputarle primacia, i qe cuente como ella cincuenta i nueve siglos de existencia? A todas las a visto nacer, aun a la idolatria, la mas antigua de las falsas relijiones; a todas les puede decir con verdad: vosotras sois de ayer i vuestros falsos títulos me son conocidos. Mas si la Iglesia se remonta asta lós primeros tiempos, durará tambien mientras aya ombres en la tierra i mas allá. Jesucristo decia a sus discípulos: yo estaré siempre con vosotros. Apoyada la Iglesia en esta promesa infalible, ve correr los siglos sin perturbarse, i sin qe el tiempo pueda imprimir en ella las uellas de las vicisitudes umanas; carácter de permanencia tan propio i peculiar suyo, como es propio de la verdad ser eterna. ¿Qé importa, pues, aya falsas relijiones, si ninguna corre a la par con la Iglesia, i si al fin a de qedar ella sola, para evidenciar al mundo la inconstancia del error? La existencia pasajera de aqellas en vez de ser argumento contra ésta, es una prueba de su perpetuidad, al modo qe los embates de un uracan furioso acen ver mejor la firmeza del muro qe los resiste. Así la Iglesia rodeada por todas partes de enemigos, siempre en batalla i siempre victoriosa, arribará por último al puerto de salud, como la peqeña navecilla despues de aber triunfado de las olas, qe parecian sepultarla; milagro perpétuo, dice el Doctor de la Francia, i un manifiesto testimonio de la inmutabilidad de los consejos de Dios.

De lo dicho asta aqí resulta qe solo la Iglesia Católica puede gloriarse justamente de ser la misma qe fundaron los Apóstoles. Dos cosas constituyen la nota de *Apostólica* qe la caracteriza, una sucesion no interrumpida de lejítimos pastores, i la identidad de doctrina, i estas dos cosas subsisten en la Iglesia.=La sucesion de pastores, por un modo especial de ordenacion divina, es un echo innegable, i basta abrir la istoria para conocerlo. Los primeros Padres de la Iglesia se valian de él para convencer a los erejes de su tiempo; nosotros nos allamos en el mismo caso, i podemos recurrir a esta prueba con igual seguridad. Esto obligaba al grande Agustino, qe vivia en el siglo cuarto, a permanecer fuertemente aderido al catolicismo. Los mismos protestantes no an podido negarlo. «No disimularémos, dicen en la memoria qe presentaron en Francia los Calvinistas el año de 1775, qe en el paralelo qe acemos a veces de vuestra Iglesia con la nuestra..... los grandes rasgos están a vuestro favor. Erais ciertamente antes qe nosotros, pues qe subis asta el siglo de los Apóstoles, i nosotros no tenemos aun tres siglos de existencia, puesto qe en 1515 vuestros antepasados i los nuestros comulgaban en la misma misa, celebraban la Pascua juntos i vivian en una perfecta unanimidad de sentimientos. Ademas, la cadena de la tradicion, cuyo

primer anillo fijaron Pedro i Pablo en la Iglesia de Roma, se a perpetuado de tal manera entre vosotros, qe si los Irenéos, los Gregorios, los Cirilos, los Atanásios, los Crisóstomos volviesen oi a la tierra, no reconocerian sino en la Iglesia Romana la sociedad de qe eran miembros.» ¿Para qé añadir mas? Solo esclamaré con Bossuet, ¡qé consuelo para los ijos de Dios! ¡i qé testimonio de verdad, cuando ven qe desde el Papa qe ocupa el dia de oi tan dignamente la primera silla de la Iglesia, se llega asta San Pedro, establecido por Jesucristo, Príncipe de los Apóstoles!=La doctrina es la misma qe estos enseñaron, porqe asistida siempre la Iglesia del espíritu de verdad qe la gobierna, segun la promesa del Señor, conserva este sagrado depósito sin la menor alteracion i tan puro como lo recibió de sus primeros fundadores. Es cierto qe el error, levantando su orgullosa cabeza, la a obligado en todos tiempos a sancionar muchos cánones dogmáticos para combatirlo; pero la Iglesia invariable en sus principios de fé, culto i costumbres, no a echo mas qe explicarlos añadiéndoles mayor luz, a manera de una planta frondosa qe estiende sus ramas i se cubre de ojas para resguardarse de la intemperie. Felicitémonos pues, de estar incorporados a esta vid, qe lleva frutos tan ópimos, i lamentemos la desgracia de los qe separados de ella no pueden gustar la dulzura del jugo con qe alimenta sus vástagos.

Mas, si la Iglesia de Jesucristo es *una, universal i apostólica*, es tambien *santa*; i ved aqí el máximo de sus atributos. Nada serian las demas dotes, si por imposible, la santidad no las coronase; preciosa prerrogativa qe a ella sola pertenece; valé por todas i ace su mayor elojio. Ya sea qe la consideremos en los dogmas qe enseña, en el culto qe prescribe, o en la moral qe practica, siempre la allaremos revestida de una santidad eminente, qe si bien se mira, es la prueba mas relevante de su divinidad.—La Iglesia es *santa* en sus dogmas; ¿i qién podrá negarlo? El Dios de qe nos abla contiene en si mismo toda plenitud, i de consiguiente es el único autor de todos los bienes i el principio de toda justicia i perfeccion. Siendo el Ser por excelencia, es tambien la verdad substancial, el órden inmutable i la misma santidad. Este atributo qe sin cesar resuena en las bóvedas celestes, se repite en toda la estension del universo por los ijos de la iglesia, qe son los verdaderos adoradores; lo mismo entonaban aqellos cuatro animales misteriosos del Apocalipsis: este fué el único título qe dió el Salvador a su Padre, i esto cantarán eternamente las mas sublimes intelijencias. Todas las verdades qe la Iglesia nos enseña se dirijen al mayor conocimiento del Ser infinitamente perfecto, principio i fin de todas las cosas i término de nuestra felicidad, i no ai una sola qe no tenga íntima re-

lacion con alguna de sus infinitas perfecciones. Pero si qeremos tocar como con la mano la santidad del dogma de la Iglesia, fijemos los ojos en Jesucristo, objeto primario de su enseñanza. Es imposible figurarse una santidad mayor qe la suya, tal como la Iglesia nos la da a conocer. Santo, inocente, separado de los pecadores, no reconoce otra grandeza qe la virtud, ni otros éroes qe los Santos. El orgullo umano busca los ombres grandes sobre los tronos, en los combates, o en los laureles de una inchada sabiduria; a los ojos de Jesus un justo criado en los desiertos es el mayor de los mortales. Pero ¿qé es la Santidad de este justo comparada con la de Jesucristo? No soi digno, dice, de desatarle los zapatos. ¡Qé diferencia, Señores, entre el Santo de Isrrael i los dioses del paganismo! Un Júpiter incestuoso, una Venus impúdica, un Baco vinolento son las monstruosas divinidades qe supo inventar la razon extraviada. Solo las verdades santas de la fé pudieron desterrar del mundo estas deidades, o mejor diré, los vicios divinizados: solo el carro triunfal de Jesucristo pudo qebrar tantos ídolos, dejándolos por trofeos al pié de la cruz.=Santa en su culto. Cesaron ya los abominables sacrificios de la jentilidad, orrendas ecatombes de víctimas umanas, incapaces de aplacar a mentidas divinidades. ¿I qé es lo qe la Iglesia presenta al Ser Supremo? Ah! para tratar este punto necesitaba yo lengua mas qe de ombre. Una oblacion santa, una ostia pura se inmola diariamente al Dios de los ejércitos en el templo universal de la Iglesia: las aras sacrosantas están bañadas con la sangre del cordero inmaculado, i un olor de indecible suavidad sube como el incienso asta lo mas alto de los cielos, víctima adorable, digna del Dios a qien se ofrece, i capaz por sí sola de santificar mil mundos. Las augustas ceremonias qe la acompañan, dan un nuevo realce a tan alto sacrificio, i el alma del cristiano llena entónces de los mas profundos sentimientos de amor i de respeto, sale pura de sí misma, i siente toda la presencia de la majestad de un Dios ombre qe la inflama i la penetra. El célebre Haller decia escribiendo a su familia: «la belleza de los templos católicos elevó siempre mi espíritu ácia los objetos relijiosos, al paso qe la desnudez de los nuestros, de donde se a echo desaparecer asta el último emblema del cristianismo, i la seqedad de nuestro culto me desagradaron: pareciame muchas veces qe nos faltaba alguna cosa, i qe éramos unos estranjeros en medio de los cristianos..... Vi un libro destinado para el pueblo, en donde se esplican los ritos i ceremónias de la Iglesia católica, qe compré por mera curiosidad. ¡Cuál fué mi admiracion al aprender tantas cosas instructivas, el sentido, fin i utilidad de tantos usos, qe miramos como otras tantas supersticiones! =Santa en el dogma i en el culto, la Iglesia, no es ménos santa en la moral:consecuencia necesaria.

Todas las reglas qe dá, todos los preceptos qe impone, no tienen otro objeto qe la santificacion. No ai una virtud qe no mande, ni vicio alguno qe no proiba, i basta leer el Evanjelio para conocer esta verdad. Poniendo en paralelo las máximas santas qe contiene con los delirios de la filosofía, nos vemos obligados a esclamar: ¡O moral pura, tú restituyes al ombre su antigua dignidad! ¡tú sola le aces feliz mostrándole el sendero de la virtud! La filosofía no izo mas qe condensar la tinieblas del espíritu i añadir el error a la ignorancia, el orgullo a la ceguedad. Sus adeptos, aunqe bastante ilustrados para burlarse de la simplicidad de los pueblos, no dejaron por eso de incurrir en groseros errores; seria largo si qisiese enumerar sus absurdos; pero corramos un velo i no avergonzemos a la razon umana. La moral de Jesucristo derrama torrentes de luz sobre la tierra, marca con precision nuestros deberes i practicada eleva el alma a la mas sublime santidad; rectifica todas las acciones esternas, i asta los mas íntimos movimientos de nuestro corazon, en su lenguaje un secreto deseo, un oculto pensamiento contra la lei es un crímen atroz. La umildad, la pureza, la paciencia, el amor fraternal, todas las virtudes son su objeto: el orgullo, la avaricia, la sensualidad, la venganza; todos los vicios están procriptos en ella. I ved aqí lo qe ace a la moral cristiana tan animada, tan interesante, tan amable. Esta es la lei de los desgraciados, de las almas tiernas i sensibles; esta es aqella doctrina divina, qe, si no a bajado del cielo, no a podido tener su oríjen en el pensamiento del ombre: ella nos acerca a Dios por nuestras miserias mismas, i ace de nuestros trabajos otros tantos motivos de consuelo. No así la estéril filosofía de la incredulidad, qe, como dice un filósofo convertido, no puede causar consuelo alguno al corazon umano. Por otra parte, ¡con qé verdades tan poderosas no nos mueve a obrar el bien! Segun ella, un premio eterno aguarda al justo, un eterno castigo al delincuente; verdades eficaces qe an dado a la Iglesia tantos ijos beneméritos: contad, si podeis, los éroes de santidad, qe an sabido inmortalizar sus nombres, dejándolos grabados en el cielo con un buril eterno. Entre nosotros mismos aun está fresca la memoria del caritativo Balmaceda, del celoso Padre Infante, del ejemplar Gutierrez (1). ¿Pero qé digo? Con solo predicar esta santa moral se civilizan pueblos enteros de bárbaros, sus costumbres se mudan i se improvisa una sociedad de justos. De aqí se

(1) El R. P. M. Fr. Antonio Gutierrez de la Orden de San Francisco, natural de la Provincia de Coqimbo. Fué miéntras vivió por su saber i virtudes el ejemplo i oráculo de la comunidad. Murió en Valparaiso con la muerte de los justos el dia 10 de Julio de 1842. En la « Revista » se dará de él una noticia mas extensa.

sigue el interes jeneral qe debe aber en conservar intacta la moral del Evanjelio. Traspasada esta barrera, la sociedad se desmorona, porqe la relijion qe le sirve de base viene a ser una farsa a los ojos del ombre: la autoridad sola no puede sostenerla, porqe no llega sino adonde alcanza la fuerza; i esta es limitada i débil: débil para contener al poderoso, limitada, porqe no siempre puede reprimir al malvado. Pero la moral es el mas firme apoyo de las instituciones sociales i la mejor garantia de nuestros derechos: sin ella todo es perdido, i con ella restablecido todo; su influjo benéfico se estiende a todas partes, desde el suntuoso palacio asta la mas umilde choza; penetra suavemente el corazon del ombre, dulcifica sus costumbres i reprime las pasiones, oríjen fecundo de todos los males.

Señores, ¡qé ermosa sociedad es la Iglesia! ¡qé leyes tan sábias la gobiernan! ¡qé fuerza tan admirable la sostiene! ¡qé prerrogativas tan bellas la decoran! Con todo, en una sola base está fundado este edificio inmenso—la mano del Omnipotente. Obra jefe del Señor, descuella sobre todas las del mísero mortal. Ella como su autor da vista a los ciegos, vida a los muertos, es decir, verdad a la intelijencia, caridad i virtud al ombre a qien las pasiones tenian sujetado. Contemplad las maravillas qe encierra, la inmutabilidad de su doctrina, la estension de su poder, el carácter celeste de sus divinos atributos. ¿I qé sería si nos fuese permitido mirar su oculta magnificencia? ¡qé riqezas descubriríamos! pero esto no es dado a la carne ni a la sangre. Nada, pues, se puede imajinar mas grande, mas sublime qe esta Iglesia, caminando con paso majestuoso al traves de los obstáculos sin número qe encuentra en su marcha, asta llegar inmortal a sus destinos.

E concluido; pero no debo dejar la palabra sin esparcir algunas flores sobre la tumba de una sombra ilustre. Ablo, Señores, del R. P. Fr. Lorenzo Soto, del Orden de San Agustin, a qien una muerte prematura arrebató de en medio de vosotros en la primavera de su edad, i con él muchas esperanzas. En poco mas de treinta años abia corrido con aplauso todos los grados de la Orden asta recibirse de Maestro. Sus virtudes lo icieron acreedor al Priorato de la primera casa de su comunidad. Colocado en este puesto importante, se dedicó con empeño a reformas útiles, qe alcanzó a principiar, i qe no le permitió llevar a cabo el corto tiempo qe sobrevivió a su eleccion. El Supremo Gobierno, en atencion a sus luces i méritos, tuvo a bien condecorarlo con el título de Miembro de esta respetable corporacion, en la Facultad de Ciencias Eclesiásticas. Yo vengo a reemplazarle, mas no puedo congratularme de llenar completamente el vacio qe deja. Su juventud, su aplicacion i sus talentos distinguidos todo lo prome-

tian. Sin duda abeis perdido un digno concolega. ¡Sensible pérdida! i mucho mas para la Facultad a qe pertenecia. Pero ¿qién puede suspender el decreto de muerte, una vez tirado contra nosotros? Desapareció, pues, abiéndo apénas saboreado los puros placeres dè qe está sembrado el camino de las ciencias. Pasó con rapidez, i en su raudo vuelo nos dejó una grata memoria.

=

El presbítero D. José Ipólito Salas contestó a nombre de la Universidad i de la Facultad de Teolojia, como sigue:

=

Señores:

Soi en este momento el órgano de los sentimientos qe animan a la respetable corporacion a qe pertenezco, i me congratulo de ser el intérprete de sus justas simpatías con el miembro qe oi recibe placentera en su seno. Ella se felicita, porqe a sabido llenar un vacío qe deploraba con la eleccion de un colega, en cuyos talentos, dedicacion i virtudes libra una buena parte de sus mas lisonjeras esperanzas. Yo, al contestaros, señor, en este dia a su nombre, qisiera qe el eco débil de mi voz fuese bastante enérjico para descifrar el conjunto de goces puros qe llenan mi corazon, al ver colocado a un antiguo amigo en un puesto onrroso, qe sabrá desempeñar con onor i dignidad. Pero no es este el lugar oportuno en qe debo dejar correr libremente el discurso sobre el noble sentimiento de la amistad qe forma los mas dulces encantos de la vida. El deber exije de mí tributar oi un omenaje público al talento distinguido i al mérito relevante, i aqí confieso, Señor, qe vuestra modestia aoga mis mas fervientes deseos. Temo qe la expresion fiel de la verdad pueda rozarse con la despreciable lisonja qe detesto. Por esta razon sufoco gustoso el lenguaje del sentimiento, i bien podria acer otro tanto con respecto al mérito literario del discurso qe acabais de pronunciar, si no pesara ombre mis obras la grata obligacion de añadir algunas pinceladas al cuadro ermoso qe nos abeis exibido con todo el arte qe era mui justo esperar.

El campo recorrido en toda vuestra composicion es dilatado, i el encadenamiento de las verdades oportunamente desarrolladas es arto interesante, i luminoso para qe yo intente recomendarlo a la consideracion de esta respetable asamblea. La importancia del asunto qe se a tratado es de tal naturaleza, qe siempre a ocupado la atencion de los grandes ombres qe mas an

figurado en el mundo literario. La Iglesia, su constitucion divina, el órden jerárqico de sus pastores, sus remarcables caracteres, tales son los puntos sobresalientes en qe emos visto al teólogo profundo i al orador elocuente cautivar los sentidos i apoderarse de la imajinacion para rendir victoriosamente el entendimiento. La fuerza del raciocinio i los atractivos de la elocuencia, la pureza del lenguaje i la valentía de los pensamientos, la razon i la autoridad an marchado por un sendero sembrado de flores, presentando con amenidad e interes un asunto fecundo en importantes reflexiones. La naturaleza, los derechos i las prerrogativas de esa sociedad santa fundada por el ijo de Dios, an sido discutidos con el órden, precision i claridad qe siempre caracterizan a las producciones en qe campea el poderio del convencimiento con las bellezas i encantos de la buena elocucion. Motivos son estos qe a toda esta corporacion, i principalmente a la seccion de Ciencias Eclesiásticas, an debido colmar, i colman en efecto, de aqel justo regocijo qe es el precursor de un porvenir alagüeño. El vivo interes, Señor, con qe os an escuchado los sabios a qienes abeis dirijido la palabra, manifiesta este voto de su aprobacion, i me autoriza a revelaros anticipadamente su juicio.

Todos ellos se felicitan por vuestra adqisicion, pues cuentan en vos un ajente mas para acelerar el movimiento intelectual qe se siente en la República, i qe tan ermosos dias prepara a nuestra patria. Todos observan con placer ese entusiasmo con qe se inician entre nosotros los trabajos científicos, i miran con una sorpresa mezclada de júbilo a los amantes de la sabiduría correr presurosos al templo donde ella mora a saborear los deliciosos placeres de las ciencias. Toca a la Universidad dar direccion acertada al vuelo rápido de los talentos distinguidos qe descuellan en nuestro suelo. De este centro de luces deben partir los rayos qe iluminen a todos los puntos de la circunferencia de la República; i la Facultad de Teolojía se congratula de ser llamada a tomar parte en esta empresa grandiosa, fomentando i difundiendo las máximas puras i civilizadoras del santo Evanjelio. Estas son las qe, regulando la marcha de la intelijencia i previniendo los extravios del corazon, conducen al santuario de la sabiduría por la senda del onor i de la virtud. Sin ella los progresos en todos los otros ramos del saber no podrian sernos lisonjeros. La influencia saludable de los principios relijiosos en la mejora de las costumbres i en la cultura intelectual de los ombres, es un echo reconocido por todos los escritores célebres, i felizmente garantido por la experiencia de diez i nueve siglos, en qe el cristianismo a alcanzado sus mas gloriosas conqistas.

«Si la brújula a descubierto el universo, el cristianismo le a echo sociable,» decian dos jenios ilustres de la Francia. Verdad consoladora qe señala al filósofo, al literato, al jurisconsulto el verdadero camino de las glorias literarias. Fraternidad entre el saber i la virtud, e aqí el medio único de obtener un renombre esclarecido en la República de las letras; ¿i qién sino la relijion a podido garantir i sancionar este concierto armonioso entre esos inestimables dones del cielo? Ella es la mejor salvaguardia del onor i el jérmen mas fecundo de toda moralidad. Ella corona las fatigas del sabio i presta su apoyo a los vastos planes del lejislador. Las leyes i lo mismo digo de las ciencias, no arreglan sino ciertas acciones; la relijion las abraza todas; las leyes no contienen sino el brazo; la relijion arregla el corazon; las leyes no se refieren sino al ciudadano, la relijion se apodera del ombre; i esta relijion, digámoslo para gloria suya, no a usurpado jamas los derechos imprescriptibles de la razon umana; anuncia qe la tierra a sido dada en erencia a los ijos de los ombres; abandona el mundo a sus disputas, i la naturaleza entera a sus investigaciones; si da reglas a la virtud, no prescribe límite alguno al injenio. Calumnian los qe la atacan como enemiga del jenio i de las instituciones científicas.

Vos, Señor, sois tambien llamado a promover la grande obra de los intereses sagrados de esta relijion divina. Bien sabeis qe a la sombra i bajo los auspicios de esta ija de los cielos, la onrradez, la probidad, el desinteres, la filantropía, todas las virtudes cívicas i morales prosperan en todos sentidos; i tampoco ignorais qe la anarqía, el desenfreno, la licencia de las costumbres, estos enemigos de la umanidad, uyen despavoridos a presencia de ese ánjel tutelar de los pueblos, qe los persigue asta en sus mas recónditas guaridas. Doblad, pues, vuestros esfuerzos por el sosten i la difusion de los principios conservadores del gran código del catolicismo. Oi os abeis incorporado a la Facultad qe está encargada de propagarlos. Ella cuenta con la eficaz cooperacion qe vuestros talentos prestarán a sus trabajos, i eree, no sin fundamento, qe la razon i la ciencia, rindiendo en el siglo en qe vivimos omenajes solemnes de respeto a la causa santa de la relijion, empleadas diestramente por vos, reportarán cada dia nuevos i mas espléndidos triunfos. Esto se promete, i vos sabreis corresponder a sus esperanzas.=E dicho.